

LA LEYENDA DE LA CODICIA

(UNA EXPEDICIÓN AL DORADO)



o que más me importa del mundo nuevo y del mundo antiguo, es — confieso mi frivolidad — los datos de la imaginación y los intereses de la fabulación poética natural que asoman bajo la dura corteza de los intereses positivos, como florecilla de alelí entre los resquicios de granítica pared. Siempre he creído que son tan verdad nuestros ensueños como nuestros actos, y que, encerrados en la cárcel de nuestro propio sér, de nosotros mismos sacamos todo cuanto la hermosea, — el panorama que llamamos mundo. — Para elaborar nuestro panal de miel no necesitamos más que imágenes, representaciones, figuras, voluntad objetivada...; por lo cual soy de parecer que el Dorado existió y existe, aunque no lo hayan podido descubrir ni sir Gualterio Raleigh, ni los desdichados españoles cuya historia referiré, tomándola de una crónica franciscana que posee el atractivo de una novela.

Nadie ignora ya cómo en el hecho del descubrimiento de América fué factor principalísimo aquella sed sacrílega maldita por el cisne mantuano, maldita con injusticia quizás, pues, sin ella, ¿habría civilización y arte? No cabe duda que la imaginación del descubridor, caldeada por las narraciones y consejas referentes al mágico país del oro, le sirvió de brújula en su ruta al través de los mares. Dos cosas extrañas hay que advertir en los orígenes de la leyenda del Dorado. La primera, su fecha remotísima; pudiéndose decir de ella con razón que se pierde en la noche de los tiempos, entre las primeras tradiciones de la humanidad, con el mito de Jasón y los argonautas cruzando los mares para conquistar el áureo vellocino, peregrinando de

isla en isla, sembrando los dientes del dragón para que de ellos surjan guerreros armados de todas armas: mito que, al transmitirlo la antigüedad á la Edad Media, se convirtió en el Catay y la Cipango de los viajeros, y poco á poco fué haciendo olvidar el áureo vellocino espiritual que en otra ciudad misteriosa buscaban los cruzados dentro de un sepulcro. La segunda particularidad digna de advertirse es que el mito secular é indestructible de un país del oro, *tenía fundamento*, y en América esperaban á los argonautas del Viejo Mundo placeres riquísimos del codiciado metal amarillo, veneros de hermosa plata nativa y minas de diamantes. La imaginación una vez más acertó y llevó de la mano al entendimiento, que es un topo que no sabe hacer cosa que valga tres cominos si no se la dan antes pelada y mondada. De la fábula y de la poesía nació — como siempre — la historia.

No obstante, la insaciable codicia hizo que, puestos en el mismo áureo Quersoneso, los descubridores se creyesen defraudados, y burladas sus esperanzas de dejarse atrás al rey Midas, que convertía en oro cuanto tocaba. Á medida que avanzaban ensanchando los límites de la tierra descubierta y subyugada, el Dorado, el país de las quimeras, retrocedía ocultándose en regiones inexploradas, misteriosas y mortíferas: surgía el dragón custodio del tesoro y la empresa adquiría color de caballerisca aventura muy propia para tentar, no sólo á los ardientes españoles, sino á los ingleses, románticos en frío, y por lo mismo doblemente locos. Las verdaderas riquezas de Méjico y del Perú no satisfacían á los soñadores, deseosos de encontrar la tierra prometida, cuyos peñascos, guijarros, árboles y montes fuesen todos de oro acendrado y purísimo. La tal tierra por fuerza había de estar en alguna parte, y después de mil discusiones y de mil indagaciones estériles, se convino en que debía de hallarse situada en el centro de aquella vastísima región de la América meridional, llamada la Guayana, y repartida después entre franceses, ingleses, holandeses y brasileños.

Á la Guayana confluieron desde entonces las expediciones de los cruzados del oro. Allá, en lo más secreto y virgen de la comarca inmensa, afirmaba la leyenda que el último de los Incas, antecogiendo los tesoros de la dinastía solar para que no cayesen en manos de los invasores, se ocultara, y con los dispersos restos del imperio de su hermano, fundara otro no menos belicoso y magnífico, siendo su capital Manoa, ciudad fulgentísima, guardada por tres coruscantes colinas ó montañuelas, la una de oro, la otra de plata, la tercera de sal gema, que á la claridad del día cegaban con sus rayos y reflejos. De imán debían de ser más bien que de plata y oro, pues á los treinta años ó poco más de haber abordado Colón á tierra americana, principian y no se interrumpen las peregrinaciones en busca del Dorado. No es mi ánimo referirlas todas, sino una sola, y muy dramática, que casi coincidió en fecha con la del amigo de Isabel de Inglaterra y nuestro terrible enemigo sir Gualterio Raleigh, empeñado en recamar con el oro de la fabulosa Manoa aquel ferreruelo de terciopelo que tendiera, ante los pies calzados de raso blanco, de la *reina doncella*, sin conseguir más que empaparle en su propia sangre, sobre el cadalso que le aparejó antes su ambi-

ción sediciosa, que la inquina perseverante de los españoles. Dejemos al elegante y docto pirata y vengamos á las aventuras y desventuras de nuestros compatriotas, lanzados en el año de 1596, en busca de la dorada capital del Inca.

En D. Antonio de Berrío se habían refundido los derechos del Adelantado y descubridor del reino de Santa Fe, D. Gonzalo Jiménez de Quesada, por haberse casado Berrío con la sobrina de Quesada, doña María de Oruña. Era Berrío buen soldado, capitán de caballos, y probado tenía su valor en funciones de guerra contra los moriscos granadinos. Dejó Quesada á Berrío, por expresa voluntad manifestada en testamento, no sólo su mando, sino hartas deudas que pagar, que así tan pobre moría el pacificador de la región del oro, sin más prez que el estandarte de la conquista, puesto por el cabildo sobre la sepultura de Quesada.

Investido Berrío del poder, no tardó mucho en internarse por la tierra firme de la Guayana, poblando la ciudad de Santo Tomé; y como se encontrase ya puesta la proa al Dorado, á cuarenta leguas del mar y en las márgenes del Orinoco, envió á España á Domingo de Vera, su maestre de campo, en demanda de soldados para pelear y frailes y sacerdotes para asistir y convertir. No se descuidaría Vera en inflamar la fantasía con esperanzas de montes de topacios y monumentos de alabastro con techos de oro, para lo cual le servirían de base las patrañas del amigo de Isabel; pues es lo cierto que sin gran dificultad consiguió se aprestase una expedición de cinco navíos, en que se alistaron más de cuatrocientas familias, mucha gente de guerra regida por veinte capitanes, entre los cuales matriculó su infausta suerte á un mozo galán, sobrino del licenciado Pablo Laguna, que entonces era presidente del Real Consejo de Indias. Hízose el embarque en el puerto de Sanlúcar. Iban también á bordo diez sacerdotes escogidos, entre ellos nada menos que un señor racionero de Salamanca, «sujeto de mucha gravedad y doctrina», dice la crónica, y bien ajeno, añadido yo, á la idea de concluir sus sosegados días en el vientre de un caribe. Asimismo formaban parte de la expedición catorce franciscanos, dos de ellos buenos cantores y con hermosas voces de bajo y tiple, otro muy diestro en «hacer ornamentos y coser», y los demás predicadores y teólogos de cuenta.

No se figure nadie que á fines del siglo xvi era tan general y absoluta la necedad del vulgo español. No faltó quien calificase de ridícula y desatinada la empresa de Domingo de Vera, y quien se riese de los que en el país del oro iban á descubrir el *Dorado*, imitando á Diógenes, que buscaba un hombre en populosa ciudad. Aventajó sin embargo la credulidad al escepticismo, y las familias españolas que henchían los navíos salieron rebotando júbilo seguras de labrar su fortuna y la de su descendencia. Más animosas que nadie iban las mujeres, y entre ellas una beata, demandadera en las Descalzas Reales de Madrid, buena vieja en quien pudo tanto el afán de hacerse rica de un golpe, que con el hábito y una hija casada se alistó en la expedición. «Hasta aquí pudo llegar — dice el cronista — la golosina del Dorado».

Sin contratiempo realizaron la travesía, desembarcando en la Trinidad más españoles de los que embarcáran en Sanlúcar, por haber parido durante el viaje muchas

BIBLIOTECA
ESCUELA DE ESTU
DIOS DE HISTORIA
Y GEOGRAFÍA

mujeres. Supusieron los emigrantes que con el feliz arribo tenían presagiado el éxito de la empresa, y al pisar el suelo americano se abrazaban y lloraban de alegría. Con todo, no les faltó á aquellos troyanos su profeta agorero de muerte: parece que desempeñó este papel un fraile, un justo, el venerable Pedro de Esperanza—el único que no esperaba sino desventuras. El cronista da á entender que fray Pedro tuvo alguna visión ó revelación, por donde entendió la suerte que se les preparaba. Lo cierto es que, sentado en la playa de la isla de la Trinidad, y viendo á los niños de los españoles impulsados por el calor, zambullirse en el agua como patillos, el venerable derramaba copiosas lágrimas, suspiraba, gemía en tal extremo, que las madres, angustiadas, fijaban los ojos en el rostro del santo y concluían por llorar también, sin acertar á razonar las causas del llanto.

La expedición se repartió. Domingo de Vera, *por si acaso*, despachó á Caracas, donde tenía su casa y familia, un navío, y en él las personas y fardos que más estimaba; la tripulación y carga de este navío fué la única que se salvó. El grueso de los emigrantes prosiguió á San José, donde empezaron sus penalidades, porque no encontraron más comida que añeja galleta y duro tasajo, y ni hallaron techo ni lecho. Así y todo, tortas y pan pintado debe llamarse lo sufrido en San José, cuando, para subir al Dorado, se arriesgaron en las espantosas bocas del Orinoco.

El mayor terror de Robinson en su isla fué distinguir la huella de un pie humano. No importan ríos embravecidos ni fieras hambrientas: el hombre es el peor enemigo del hombre. Lo que encogía de pavor á los expedicionarios, era la fama de los indios caribes, que vivían de la caza humana. Sabían que el caribe seca al sol, en la honda barbacoa, el cuerpo del enemigo muerto, y del horrible tasajo se mantiene; y que su función de mayor recreo y solaz es atar al guerrero vencido, vivo aún, á dos postes en forma de cruz, y bailando al rededor la danza fúnebre, hacerle picadillo lentamente, devorando los palpitantes pedazos que corta con el cuchillo de pedernal, y pegando la boca á sus abiertas venas para beber deleitosamente la cálida sangre, mientras el paciente, impasible, no da otra señal de dolor más que hinchar los carrillos soplando. Sabían estas mañas los expedicionarios, pero así y todo no se les heló el corazón, ni pensaron retroceder. En seis canoas, sin práctico ni socorro humano, los lanzó á la embocadura del Orinoco el imprudente Domingo de Vera; y según era de temer, la mitad de la ligera escuadrilla dió en tierra apenas anocheció, empujada por el ímpetu de las corrientes. Desde la orilla les acechaban los caribes, y á la primera luz del sol, viéronse los españoles cercados de piraguas, sorprendidos y acuchillados. Un marinero, que escondido entre manglares presenció la tragedia, corrió á avisar al resto de la flota; mas por pronto que anduvo, la halló ya cercada de indios.

Tripulaban las primeras canoas vencidas soldados bisoños, de los que en el país se conocían por *chapetones*, voz que en el Perú significaba entonces *español recién llegado*, «siendo tan común esta frase—explica el cronista—que hasta María Santísima, cuya milagrosa imagen llevaron los nuestros de España á Guatemala, es ve-

nerada en nuestro convento de Alsicolonga con el título de la *Chapetona*. » No sé si esta voz habrá modificado desde entonces su sentido, y me fundo en que un ilustre americano, ya difunto y muy amigo mío, solía llamarme familiarmente *chapetona*, y habiéndole preguntado yo con curiosidad qué significaba la palabreja, me respondió que quería decir mujer alentada y de gallardo espíritu. Aunque la satisfacción lisonjeaba mi amor propio, y aunque el que me la daba era un maestro en escribir nuestro idioma, yo me inclino á que el franciscano está más en lo cierto, puesto que le halló conteste con el Diccionario, que llama *chapetonada* á la enfermedad de aclimatación de los europeos. Perdóneseme esta digresión y volvamos á las tres últimas canoas de los españoles, en igual riesgo que las primeras, pero mejor defendidas porque no las tripulaban *chapetones*, sino soldados prácticos en resistir á los ataques y escaramuzas de los salvajes. No sólo rechazaron á los asaltantes, sino que, volviendo atrás á ruegos de los frailes, fueron al lugar de la carnicería para dar sepultura á sus infelices compañeros. Y el espanto trabó su lengua y cuajó en las venas su sangre, al encontrarlos ejecutados de la cruel manera que acostumbraban los americanos y practicaron con los soldados de Hernán Cortés en la *Noche triste*: sacado el corazón por los pechos y vaciada la concavidad de las entrañas. Lo que les puso más grima fué ver á una mujer en cinta, abierta en canal y extraído su propio corazón y el de la criatura que llevaba en su seno. También el mozo sobrino del presidente del Consejo de Indias, yacía descuartizado en un charco de sangre. Los tristes restos de la expedición llegaban de allí á pocos días á la capital de la Guayana, y llorando referían á D. Antonio de Berrío la escena lastimosa.

¿Creerá alguien que por eso renunciaron al *Dorado* y á la ciudad de Manoa, de oro fabricada y en columnas de pórfido sostenida? No: no lo creerá nadie que conozca el corazón humano. Más encendidos que nunca los deseos; más despierta la codicia por la vista de los anillos, ajorcas y colgantes de oro que lucían los indios en sus fiestas, suspiraban por la expedición lo mismo los españoles que su adelantado Berrío. Con lo más granado y lucido de la población de Guayana se formó una tropa como de trescientos hombres, al mando del portugués Correa, y guiada por un joven cacique á quien Berrío vistiera con traje español, por lo cual se le puso de apodo *el Vestido*, y que prometió llevarles á la misma región aurífera que buscaban.

Por tierras fragosas y ásperas caminaron los españoles, llegando ya casi exhaustos al cerro que llamaron de los *Tútumos* ó *Xicales*, por hallarse cubierta de la fruta que enriqueció nuestra lengua con el nombre de *jicara*. Allí se detuvieron para reponerse algún tanto de las fatigas de la jornada, y allí los indios, con destreza y astucia superior á la poca malicia que generalmente se les atribuye, empezaron á poner en práctica un hábil sistema para acabar con la vida de los españoles sin riesgo ni ruido. Era el alimento de las tropas cierta raíz llamada *pan de palo*, que sabían preparar los indios purgándola con cuidado de su mortífero jugo; pero en vez de purgarla, dejáronla la ponzoña, según las instrucciones del cacique el *Vestido*, que socolor de amistad, como el fantástico *Nelusko*, los llevaba al matadero. Cubiertos

de pestilentes llagas; tiritando de fiebre bajo un sol abrasador, ninguno—dice el cronista—pudo resistir á la tercera calentura. En aquellas tristes horas de agonía, debió de surgir á su cerebro delirante la visión de la empresa que á tan infeliz estado los había traído; y así como los cruzados, en las ardientes arenas de la Libia, veían sobre un fondo de luz del cielo la Sión divina, estos cruzados de la curiosidad y la codicia contemplarían el panorama de la ciudad mágica, la *Manoa* imperial del Inca, con sus cien torres de alabastro y jaspe, con sus tres montañas rebrilladoras, prismáticas, en que la refracción solar arrancaba lucería como de diamantes, con sus palacios de muros de esmeralda, de columnatas apretadas, finas, historiadas con jeroglíficos, incrustadas de zafiros y salpicadas de perlas orientales; y allá en el fondo del adoratorio, arrodillado ante misterioso ídolo, en santuario donde arden diez lámparas de oro, todo el desnudo cuerpo untado de goma y cubierto de polvos de oro, hecho un ascua de oro, una estatua de oro, columbrarían al *Dorado*, al último descendiente de la raza de Atahualpa. Y en el intervalo lúcido en que se les rebajase la calentura, advertirían que en vez de hallarse en *Manoa*, se encontraban en el cerro desolado, de cuyo suelo ascendían las emanaciones deletéreas de la fiebre, recostados sobre la candente llanura, cobijados por el techo de junco de improvisada choza, secas las fauces por rabiosa sed, lívidos, moribundos y oyendo, entre el pesado silencio del desierto, alzarse un clamor de muerte, el grito de guerra del caníbal.

Porque así como los vieron ya enteramente postrados, sin fuerzas para resistir, cayeron sobre ellos los indios, hombres y mujeres, y para mayor ignominia, no con lanzas ni con flechas, sino con porras ó palos, y á su cabeza el *Vestido*—que sin duda no perdonaba á los invasores del Orinoco el haberle impuesto la librea de la civilización, privando á sus miembros de la soltura y agilidad salvajes. Aunque exánimes, defendiéronse los españoles, y emprendieron una retirada trágica al través de montes y selvas; retirada en que los que podían manejar el arcabuz se ponían á retaguardia, y andando hacia atrás daban la cara al enemigo, á fin de que en la vanguardia los sacerdotes tuviesen tiempo de auxiliar á los moribundos. Había expirado á poder del contagio el bizarro capitán Correa; cayó en la retirada el sargento que le sustituía; y ya sin jefe la tropa, hubo de serlo un leguito franciscano de armas tomar, tan dispuesto y firme, que á él debieron su salvación los únicos españoles que quedaron con vida de la jornada. De la gallarda hueste de trescientos soldados—algunos habían peleado bajo la enseña de Carlos V—sólo entraron en Santo Tomé treinta espectros.

Así acabó la expedición al *Dorado*. El cronista franciscano de quien la extracté, está persuadido de que todo eso del *Dorado* y *Manoa* es pura ficción. Su libro lleva en la portada la fecha de 1756. Veinte años después, ó sea poco más de un siglo hace, todavía se buscaba el *Dorado*, y salían expediciones para descubrir las montañas de oro, plata y sal. Esta noticia es el mejor comentario al episodio que acabo de referir.

EMILIA PARDO BAZÁN